



PEREGRINOS DE LA ESPERANZA CON MARÍA Y S. LUIS DE MONTFORT



Ficha 6 El don de la indulgencia

PARA CONOCERLO

La indulgencia, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites. El sacramento de la Penitencia nos asegura que Dios quita nuestros pecados. [...]

Sin embargo, como sabemos por experiencia personal, el pecado “**deja huella**”, lleva consigo unas consecuencias; no sólo exteriores, en cuanto consecuencias del mal cometido, sino también interiores, en cuanto «todo pecado, incluso venial, entraña apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio». Por lo tanto, en **nuestra humanidad débil y atraída por el mal**, permanecen los “efectos residuales del pecado”. Estos son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, es «**nuestra “indulgencia”**».

(FRANCISCO, *Spes non confudit*, 23 passim)



PALABRA GUÍA

Escuchen la Palabra del Señor del Libro de la Sabiduría (11,24-25)

Tú amas todo lo que existe y no aborreces nada de lo que has hecho, porque si hubieras odiado algo, no lo habrías creado. ¿Cómo podría subsistir una cosa si tú no quisieras? ¿Cómo se conservaría si no la hubieras llamado?

ENTRO EN LA PALABRA

La palabra "indulgencia" a menudo suscita cierta dificultad de comprensión y aceptación. Puede parecer un concepto lejano, arcaico o incluso burocrático. También los modos indicados por la Iglesia para obtenerla corren el riesgo de reducirla a un simple descuento de pena en lugar de un incentivo para emprender una vida buena y santa.

Para captar su significado auténtico, es útil releer los versículos de la Escritura recién proclamados, que revelan los sentimientos de Dios hacia cada aspecto de nuestra vida, incluido el pecado.

La doctrina y la práctica de las Indulgencias tienen sus raíces en el mismo corazón de Dios. Él **siempre se muestra indulgente** con nosotros, deseoso de que la amistad quebrantada por el pecado pueda ser restaurada. Esto sucede por una única razón: su amor es tan fuerte y fiel que nunca se transforma en disgusto o, peor aún, en odio hacia nosotros.

Cuando comprendemos esto y recordamos que alrededor de Dios existe una comunión de santos que amplía el círculo de amor en el que estamos inmersos, pedir a la Iglesia la Indulgencia deja de ser un gesto **puramente formal**. Se convierte, más bien, en un **acto gozoso**, un intento de regresar cuanto antes a una comunión de amistad y amor de la que sentimos una profunda nostalgia. Imaginemos haber cometido un error que ha herido a una persona, causando una fractura no solo en su corazón, sino también en el tejido de relaciones que compartimos con otros amigos. El sentimiento de culpa que surge de ello puede aislarnos, haciendo difícil encontrar la fuerza para reparar y sanar las relaciones dañadas. Sin embargo, si descubrimos que la persona herida no ha cambiado sus sentimientos hacia nosotros y que también los demás amigos en común

siguen a nuestro lado, nace en nosotros el deseo de hacer todo lo posible para corregir nuestros errores y recuperar la alegría de una amistad reconciliada. Desde esta perspectiva, la Indulgencia puede entenderse como una **oportunidad** para que los pecadores regresen a la vida de Dios y **reconstruyan** sus relaciones con los demás, incluso cuando todo parece estar perjudicado. No se trata simplemente de borrar las consecuencias de las propias acciones, sino de aprovechar la oportunidad para **volver a vivir de la mejor manera**, contribuyendo con nuestras acciones a la fraternidad y al Reino de Dios. La Indulgencia se convierte así en mucho más que un "descuento" en la pena: es una oportunidad preciosa para reconciliarnos con nosotros mismos y con los demás. Al acoger esta posibilidad, se pueden sanar las heridas del pasado y construir vínculos más fuertes y significativos, tanto en el presente como en el futuro.

(P. Alessandro Ferrari)

RESPONDO A LA PALABRA Del Salmo 35 (36)

Tu misericordia, Señor, llega hasta el cielo,
tu fidelidad hasta las nubes.

Tu justicia es como las altas montañas,
tus juicios, como un océano inmenso.

Tú socorres a los hombres y a las bestias:

¡qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!
Por eso los hombres se refugian a la sombra de tus alas.
Se sacian con la abundancia de tu casa,
les das de beber del torrente de tus delicias.

En ti está la fuente de la vida, y por tu luz vemos la luz.
Extiende tu gracia sobre los que te reconocen,
y tu justicia sobre los rectos del corazón.

¡Que el pie del orgulloso no me alcance
ni me derribe la mano del malvado!
Miren cómo cayeron los malhechores:
fueron derribados, y ya no podrán levantarse.

ME DEJO CUESTIONAR POR LA PALABRA



- Aun con la certeza del Perdón del Señor en el sacramento de la Reconciliación ¿siento que el pecado “deja huella” en mi vida? ¿Cómo reacciono?
- La indulgencia no es algo mecánico, ¡exige un compromiso! ¿Qué puedo elegir para continuar este camino?
- Si en este tiempo de gracia, tengo en mi memoria a alguna persona fallecida particularmente querida, la confío a la misericordia y a la indulgencia del Señor...

OREMOS LA PALABRA

Oh Padre, que socorres al huérfano y a la viuda y sostienes la esperanza de quienes confían en tu amor, haz que sepamos dar todo lo que tenemos, siguiendo el ejemplo de Cristo, que entregó su vida por nosotros. Él es Dios y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

SAN LUIS DE MONTFORT ME ACOMPAÑA

Cántico 7: La firmeza de la esperanza (22-25)

Aquí todo nos engaña,
uno mismo es su traidor,
fantasma sin fundamento,
si no espera en el Señor.

Mi apoyo único es Dios sólo,
no los refugios humanos,
pero si alguno me ayuda,
tomo en préstamo sus manos.

Si Dios no está a nuestro lado
para calmar la aflicción,
en vano buscas alivio,
refugio y consolación.

No te apoyes en tus fallas,
no teniendo en ti firmeza,
que en el Padre de las luces,
toda bendición empieza.